



La verdadera pureza viene del corazón.

Mc 7:14-23

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Después de la exposición anterior, Cristo llama a la muchedumbre y les expone una pequeña parábola “Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda mancharle; lo que sale del hombre, eso es lo que mancha al hombre”. La apatía del pueblo no pidió más explicaciones de la misma. Pero, ya en casa, los “discípulos,” acaso a iniciativa de Pedro (Mt), le piden una explicación de la misma.

Y la explicación se la hace detalladamente, no sin antes dirigirles una amonestación de afecto y enseñanza: “¿Tan faltos estáis vosotros de sentido?”. En realidad, el sentido fundamental de lo que había expresado en esa pequeña parábola era claro. Pero esto hace ver la necesidad de educación que tenían los apóstoles.

Los rabinos daban un valor excepcional a ciertas purificaciones de cosas y de manos, se decía: “Si alguno come pan sin lavarse las manos, es como si fuese a casa de una mujer de mal vivir.” “Quien desprecia la purificación de las manos será extirpado del mundo.” “Hay demonios encargados de dañar a los que no se lavan las manos antes de las comidas.” En una ocasión un rabino llamado Eleázaro, que despreció esta purificación, fue excomulgado por el sanedrín, y, después de muerto, se colocó una gran piedra en su féretro para indicar que había merecido la pena de la lapidación. Así es, como para los israelitas, e incluso para las primera comunidades judeo-cristianas era un situación ardiente la impureza legal y la de los alimentos.

¿Para qué tanta purificación?, ¿porque que hay que purificarse las manos al venir del mercado? ¿por su contacto con los alimentos?, ¿es que los alimentos contaminan?.

¿hay algo de verdad en esto? Dios creó todas las cosas, como los alimentos para servicio del hombre, como responsable de sus actos morales. Dice el Génesis que Dios crea todas las cosas y “están bien,” son buenas y esos alimentos como dice el Señor si entra en la boca no mancha al hombre, lo que del hombre sale, eso es lo que mancha al hombre, porque de dentro, del corazón del hombre vienen las malas inclinaciones, es decir tener malos pensamientos, hacer el mal por palabras, como los falsos testimonios, y maldiciones, hacer el mal por obras, como los homicidios, adulterios, robos, eso mancha al hombre.

Esta enseñanza de Jesús iba a tener repercusiones muy grandes, porque afectaba a las mismas órdenes legales mosaicas sobre lo puro e impuro. Pero había de terminar su valor disciplinario y ritual, máxime cuando se hacía carga insostenible, como dice Jesús en Mateo 23, 4 “Preparan pesadas cargas, muy difíciles de llevar, y las echan sobre las espaldas de la gente, pero ellos ni siquiera levantan un dedo para moverlas”. Si Jesús no quiso abolir de momento todo aquello, el principio había quedado asentado por Jesús.

Estas tradiciones rabínicas, eran tan caprichosas, que “anulaban la ley de Dios,” tenían que ser arrancadas por inútiles y perjudiciales para el Reino, pues a veces anulaban la verdadera religiosidad.

Con todo esto, Jesús nos quiere dar una lección que no es menos importante, a Dios se le debe adorar en espíritu y en verdad y no solo con observancia externa de los ritos. No quiere decir Jesús que él está contra los ritos, ni contra las manifestaciones externas de la ley, solo quiere poner las cosas en su lugar. Es el corazón el que debe estar siempre con Dios, con afecto, entrega, generosidad y un amor muy profundo. Es el corazón el que debe estar puro para ver las cosas de Dios. Preocuparse de las cosas de la tierra, es tener tierra en el corazón y, “los que tienen el corazón limpio verán a Dios” (Mt 5, 8)

Lo triste, es que hoy vivimos una realidad extremadamente preocupante, hombres manchando a los hombres y hombres que se dejan manchar por otros, juzgamos a nuestros hermanos por sus apariencias, y por hacerlo así nos equivocamos al emitir nuestros juicios, vemos malicia donde no la hay, transformamos situaciones buenas en malas por pensar retorcidamente o porque le tenemos mala voluntad. Lo peor es que permanecen vigentes las palabras del Señor de los últimos versículos de este fragmento del evangelio, “del corazón del hombre, proceden los pensamientos malos, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las maldades, el fraude, la impureza, la envidia, la blasfemia, la altivez, la insensatez. Todas estas maldades proceden del hombre y manchan al hombre. Es decir, estamos pasando por un embrutecimiento moral culpable, que desprecia el ideal de vida que Dios quiere para nosotros.

Ante esto, es que Jesús no aclara que nada hay sucio o impuro en el exterior de los hombres, lo malo a los ojos de Dios lo ensucia nuestro corazón. En efecto la santidad reside en lo interior, sin embargo la maldad y el pecado procede del atrevimiento.

Y todos estamos llamados a la santidad. “La voluntad de Dios es que todos sean santos” (1 Tes 4,3). Así también nos lo ha pedido Jesús: “Sean perfectos, como es perfecto el Padre de los cielos” (Mt 5, 48).

No tenemos excusas para no pensar y decidarnos a caminar por senderos de santidad, por elegir una vida cristiana y evangélica. No permitamos que nuestro trabajo u que otros agentes externos se conviertan en dificultades para vivir haciendo el bien, sin dejar de pensar que lo que santifica no es tanto lo que hacemos, sino que con el espíritu con que lo hacemos, con la buena intención y voluntad y el amor que ponemos en hacer las cosas, sin preocuparnos sino son sencillas y humildes, porque justamente las cosas simples tiene un valor admirable si se hacen con amor.

El Señor les Bendiga

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant